

El Sistema

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN
Barcelona, Seix Barral, 2016, 327 pp.

reseña de Simone Cattaneo

Si hasta ahora Ricardo Menéndez Salmón (Gijón, 1971) se había dedicado a rastrear el Mal, el Horror y la resiliencia del Amor, del Arte y de la Escritura en el marco de un pasado no muy lejano o de un presente dolorido y quebrado, he aquí que en *El Sistema* sondea los horizontes de una supuesta distopía que, sin embargo, surge de las ruinas humeantes de estos últimos años de crisis económica, de deserción -o decepción- política y de emergencia social. El mundo ha dado el salto de la Historia Moderna a la Historia Nueva, una época en que los antiguos nombres han sido sustituidos por una nomenclatura a menudo incline a la abstracción y dictada por un Sistema que se ha erigido en vigilante foucaultiano de los privilegios de la civilización occidental: «El Sistema admite ser contemplado como la expresión perfeccionada de un anhelo: la reducción de la existencia humana a técnica pavloviana, el desarrollo máximo del reflejo condicionado que vincula la obediencia a la recompensa y la desobediencia al castigo» (p. 31). De hecho, la población mundial se divide en Propios -pertenecientes a un Sistema representado como un archipiélago, característica geofísica que refleja su pretendida cohesión político-administrativa minada por una total falta de solidaridad, en un evidente guiño a la Europa actual- y Ajenos, seres despojados de cualquier dignidad o derecho, cuyas tierras ni siquiera figuran en el mapa y a los que se les atribuyen costumbres bárbaras e infrahumanas.

El protagonista es El Narrador, una pieza enquistada en ese orden orwelliano que extiende sus tentáculos también sobre Realidad, país que está formado por diecisiete Sustancias y que es un obvio trasunto de España. Su labor consiste en ocuparse de la manutención de la Estación Meteorológica, una suerte de torre de vigía abierta al mar y a los vientos de Asturias, y en cumplir con su deber de centinela encargado de señalar cualquier actividad que pueda perturbar las apacibles existencias de sus conciudadanos. A pesar de su sumisión, sus convicciones empiezan a trastabillar cuando se entera de que Empiria -topónimo que encubre a Grecia- corre el riesgo de ser expulsada del Sistema debido a sus desajustes económicos, una medida que condenaría a millones de individuos -considerados hasta entonces sus congéneres- a convertirse en Ajenos salvajes y desprotegidos. Precisamente la engañosa contraposición entre quienes viven dentro de los confines que le ha tocado defender y los que se sitúan fuera de ellos, es otro elemento que acabará por despertar en El Narrador una consciencia crítica que se expresa a través de la escritura. En un cuaderno anota sus dudas y sus razonamientos y, sobre todo, su paulatina transformación en topo que roe los cimientos del Sistema a partir de la intuición de que los otros no son tan diferentes de uno mismo: «¿Y si los extraños no fueran Ajenos que buscaban su lugar bajo el sol de Realidad, sino Propios que huían de una existencia angosta y desgraciada?» (p. 54). A ello contribuye el

avistamiento, tras años de infructuosa espera –aquí es patente la huella de una tradición que va del cuento “La muralla china”, de Franz Kafka, a las novelas *Il deserto dei tartari* de Dino Buzzati y *Waiting for the Barbarians* de John Maxwell Coetzee–, de un hombre a bordo de una lancha neumática que desembarca furtivamente en una playa, a escasos metros de la Estación Meteorológica. En lugar de denunciarle, el guardián, fascinado, trata de establecer un contacto con él dejándole una nota cerca de su improvisado barco. En otra ocasión, El Narrador divisará de nuevo la embarcación entre el vaivén del oleaje, pero esta vez, en un espejismo inesperado y revelador, distinguirá en ella a cuatro tripulantes que, misteriosamente, tienen el mismo rostro del protagonista, de su mujer y de sus hijas. Este descubrimiento desestabiliza definitivamente los principios en los que había sido educado y termina por llevarle a romper con el dispositivo de vigilancia del cual era al mismo tiempo víctima y verdugo, comprometiendo además sus lazos familiares.

Su insubordinación no queda impune y será internado en la Academia del Sueño, una clínica donde El Sistema trata de rehabilitar a aquellos sujetos que, a pesar de su traición, estaban al tanto de las estrategias empleadas por el poder o todavía podían resultarle útiles. Los enfermeros, bajo los órdenes del doctor Klein –y aquí la sombra del nazismo vuelve a cernirse sobre el texto de Menéndez Salmón, como ya había hecho en *La ofensa* (2007) y *Medusa* (2012)– suministran a los pacientes un droga, la T29, que les impide soñar, erosionando de este modo sus recuerdos. Si antes El Narrador había escrito para entenderse a sí mismo y para tener una visión más clara de lo que acontecía a su alrededor, entre las paredes de la Academia, en cambio, la escritura se convierte en una actividad necesaria para fijar en otro cuaderno los jirones de memoria que le quedan, para evitar que le roben su identidad. Esta habilidad le permitirá entablar una relación de recíproca curiosidad con Klein, pero, sobre todo, le consentirá sobrevivir al derrumbe del Sistema bajo los golpes de las milicias Ajenas que desbor-

dan los diques de las fronteras y proponen un modelo de sociedad menos tecnológico pero más igualitario.

Tanto Klein como el protagonista serán luego embarcados en la Aurora, una gabarra de transporte que surca los océanos guardando en sus laberínticas entrañas metálicas a decenas de Propios retenidos por un comando de Ajenos empeñado, según el modelo de los Argonautas, en la búsqueda no ya del mitológico velloncino de oro sino del Dado –fantasmagórico centro de irradiación del poder e hipotética sala de control del derrocado Panóptico sistemico– que creen haber encontrado, quizás en un homenaje conradiano, en el estuario de un río, donde unos marjales anuncian el comienzo de la selva. El Narrador –imprescindible para que quede constancia de lo visto y vivido–, junto con Klein, un cantante, una zahorí, un niño con poderes de médium y dos mellizos Ajenos, se adentra en la Cosa, un estafalario edificio a medio camino entre un laboratorio de vanguardia y un museo de la historia de la humanidad. Allí los expedicionarios descubren el esqueleto de un hombre, último prototipo de una especie que parece en vías de extinción, porque a partir de ese momento se inaugura una era posthumana llena de incógnitas, aunque quizás el embrión –fruto de un incesto entre hermanos– que se está gestando en el vientre de la melliza pueda representar tanto un símbolo de resistencia como un nexo entre pasado y futuro.

El protagonista toma conciencia de que, a estas alturas, su función resulta superflua y abandona la gabarra, volviendo a la Cosa en busca de su sitio en la vertiginosa trayectoria vital y artística del ser humano: lo encontrará en el cuadro de Rembrandt *La lección de anatomía* –la pintura, como ya había demostrado en *La luz es más antigua que el amor* (2010), es otra de las aficiones de Menéndez Salmón–, en ese lienzo donde el escarpelo del doctor Tulp se funde con la pluma del escritor a la hora de sajar y seccionar el cadáver de una sociedad tardocapitalista hipertrofiada y víctima de sí misma.

El jurado que en 2016 otorgó el premio

Biblioteca Breve al autor asturiano destacó la ambición de *El Sistema* y el hecho de que se tratara de una novela de ideas, poniendo de relieve dos de los rasgos más característicos de su producción literaria -recorrida siempre por una exigencia encomiable y un fondo filosófico intrigante- que, sin embargo, aquí parecen restar vitalidad y contundencia al texto, encorsetándole en una narración algo artificial, dictada por un ritmo que no brota espontáneo de las páginas sino que se percibe impuesto por un demiurgo externo demasiado centrado en defender sus tesis o en orquestar alegorías. En los libros anteriores Menéndez Salmón había sabido amalgamar admirablemente su estilo escueto, lírico y despiadado, con unas reflexiones éticas de gran envergadura, mientras que en este la escritura novelística se convierte en una herramienta subordinada a otros fines. No obstante, en dicha distopía se alcanzan cotas de altísima literatura que ya de por sí solas bastarían a justificar su lectura y, encima, los asuntos tratados se insertan dentro de una peculiar veta de la narrativa española que, por lo menos desde hace una década, analiza desde perspectivas diferentes el desmoronamiento individual y colectivo de quienes vivimos en el cada vez más precario bienestar de lo que se dio en llamar Primer mundo. Entre un escogido ramillete de títulos recientes -seguramente dejándonos algunos en el tintero- se podrían citar por lo menos *Derrumbe* (2008) del mismo Menéndez Salmón, *Crematorio* (2007) y *En la orilla* (2013) de Rafael Chirbes, *El país del miedo* (2008) y *La habitación oscura* (2013) de Isaac Rosa, *Democracia* (2012) de Pablo Gutiérrez y *Por si se va la luz* (2013) de Lara Moreno.

Pese al arrollador progreso tecnológico, la escritura vuelve a proponerse como tabla de salvación o código ético y estético de resistencia, una piedra en la insignificante mano de David con la que derribar al gigante Goliat: «Lo que no dices [...] lo que callas en ese diálogo imposible, es que tu privilegio, el hecho de ser un Narrador, alguien que cuenta historias, te protege de cosas que los fuertes y los sagaces, aquellos

que son más inteligentes que tú, padecen. Porque contar ha sido siempre privilegio de los débiles. Porque el dueño de la narración ha sido siempre un anciano, un enfermo, un loco, un inútil o un triste. Un Ajeno en un mundo de Propios» (p. 230).